

as obras de Quevedo

7918
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:
RIOS, MONIER, PEREZ, CUESTA.

CATÁLOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El curioso impertinente.
 La aventurera.
 La pastora de los Alpes.
 Felipe el Prudente.
 Dios, mi brazo y mi derecho.
 El fénix de los ingenios.
 Ricardo III.
 Caridad y recompensa.
 El donativo del diablo.
 La hija de las flores ó todos están locos.
 El valor de la mujer.
 La fuerza de voluntad.
 La máscara del crimen.
 La Estrella de las Montañas.
 La ley de raza.
 Sancho Ortiz de las Roelas.
 Andrés Chenier.
 Adriana.
 La ley de represalias.
 El ramo de rosas.
 Caibar, *drama bardo*.
 El Trovador, *refundido*.
 Cristóbal Colon.
 Un hombre de estado.
 El primer Giron.
 El Tesorero del Rey.
 El Lirio entre zarzas.
 Isabel la Católica.
 Antonio de Leiva.
 La Reina Sara.
 Últimas horas de un Rey.
 Don Francisco de Quevedo.
 Juan Bravo el Comunero.
 Diego Corrientés.
 El Bufon del Rey.
 Un Voto y una venganza.
 Bernardo de Saldaña.
 El Cardenal y el ministro.
 Nobleza Republicana.
 Mauricio el Republicano.
 Doña Juana la Loca.
 El Hijo del diablo.
 Sara.
 García de Paredes.
 Boabdil el chico.
 El Fuego del cielo.
 Un Juramento.
 El Dos de Mayo.
 Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El médico de cámara.
 La aventurera.
 Un loco hace ciento.
 La tierra de promision.
 La cabra tira al monte.

Sullivan:

El peluquero de Su Alteza.
 La consola y el espejo.
 El rábano por las hojas!
 Tres al saco...
 Un inglés y un vizcaino
 A Zaragoza por locos.
 Los presupuestos.
 La condesa de Egmont.
 La escuela del matrimonio.
 Mercadet.
 Una aventura de Richelieu.
 Deudas de honor y amistad.
 Merecer para alcanzar.
 Para vencer, querer.
 Los millonarios.
 Los cuentos de la reina de Navarra.
 El hermano mayor.
 Los dos Guzmanes.
 Jugar por tabla,
 Juegos prohibidos.
 Un clavo saca otro clavo.
 El Marido Duende.
 El Remedio del fastidio.
 El Lunar de la Marquesa.
 La Pension de Venturita.
 ¡Quién es ella?
 Memorias de Juan Garcia.
 Un enemigo oculto.
 Trampas inocentes.
 La Ceniza en la frente.
 Un Matrimonio á la moda.
 La Voluntad del difunto.
 Caprichos de la fortuna.
 Embajador y Hechicero.
 A quien Dios no le dá hijos!..
 La nueva Pata de Cabra.
 A un tiempo amor y fortuna.
 El Oficialito.
 Ataque y Defensa.
 Ginesillo el aturdido.
 Achaques del siglo actual.
 Un Hidalgo aragonés.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galan.
 Pecado y expiacion.
 ¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.
 El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 Quien bien te quiera te hará llorar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las Tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su muger.
 La Ley Sálica.
 Un casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un divorcio!
 La hija del misterio.
 Las cucas.
 Gerónimo el Albañil.
 María y Felipe.

LAS OBRAS DE QUEVEDO,

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA LIBREMENTE A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

Representada por primera vez en el teatro del Instituto el 11
de Junio de 1853.



N.º 219.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 11.
1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

AL SEÑOR DON JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN,

en prenda de amistad

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

AMALIA. DOÑA AMALIA MARTINEZ.
MATILDE. DOÑA ANTONIA SEGURA.
CARLOS. DON JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.
UN CRIADO.

La escena pasa en Madrid, en la casa de Don Carlos.
1853.

ACTO UNICO.

Un salon amueblado elegantemente.—Puerta principal al fondo, que cierra hácia dentro, y cuya llave estará puesta en la cerradura.—Puerta lateral á la derecha en segundo término que conduce al gabinete de Carlos.—Puerta lateral á la izquierda del espectador, que dá al cuarto destinado á Amalia.—En primer término, á la derecha, una chimenea junto á la cual hay un velador, y encima de este una almohadilla de labor.—Confidente pequeño en primer término, frente al público.—En primer término á la izquierda, y tambien frente al público, una mesa de despacho con tintero, plumas, papel, lacre, cuchillo de marfil, sobres etc.—En la antecámara, al fondo, una banquetta.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE.—AMALIA.—UN CRIADO.

AMALIA. Querida Matilde!

MATILDE. (*Entrando por el fondo.*) Querida Amalia!

AMALIA. (*Al criado que trae maletas y cajas y se entra á la izquierda.*) Ponga usted el equipaje de esta señora en la habitacion del jardin.—Llegas ahora mismo de Cádiz?

MATILDE. La primera visita ha sido para tí.

AMALIA. Por supuesto completamente restablecida, para volverte á admirar en la escena?

MATILDE. (*Se quita el sombrero y manteleta, y los coloca encima de la mesa.*) Lo primero, sí... lo segundo, lo dice tu buen deseo.

AMALIA. Te quedarás á vivir con nosotros?

MATILDE. Qué diría tu marido que no me conoce?

AMALIA. Aun cuando su ninguna aficion al teatro ha sido causa de que nunca te haya visto, tu enfermedad le ha interesado, y desea conocerte.—Estará en su cuarto... Voy...

MATILDE. No... quiero que le prevengas antes... ya ves!.. como existen todavia ciertas preocupaciones con respecto á los actores...

AMALIA. Preocupaciones en la casa de don Cárlos Quevedo? (*La trae al primer término.*) Mi marido es el gran regenerador del siglo...

MATILDE. Esplicáte...

AMALIA. Cuando me casé, hace dos años, Cárlos era sencillamente un propietario; pero se le ocurrió el año pasado la fatal idea de ir á Paris, y habiendo oido allí á los socialistas, y especialmente á los oradores del club llamado de las mujeres, se ha trastornado su cabeza hasta tal punto, que se figura ser el Ante-Cristo.... Anda de este modo (*Atraviesa la escena en una actitud escéntrica.*) Se pone así... enseña el puño cerrado á la naturaleza entera, y por colmo de desgracias escribe unos folletos!.. Es verdad que la censura los prohíbe: pero como la prohibicion es un nuevo aliciente para el público, sucede que en vez de venderse á cuatro reales, se pagan á peso de oro, y germinan, que es un contento, sus fatales ideas.

MATILDE. Pero qué es lo que quiere?

AMALIA. En la sociedad en que está, cada uno tiene su mision; este sostiene la expropiacion; aquel propala la igualdad absoluta; y mi marido se ha encargado de la abolicion del matrimonio, que, segun él y ellos, es la institucion mas inmoral y tiránica que se conoce.

MATILDE. De modo que no te quiere?

AMALIA. Muchísimo!.. esto es lo que no se concibe; su corazon es esclente... su cabeza es la que se extravía. No le faltan ni talento ni ingenio; pero una

vez presa de sus ideas ridiculas... Ah! si conocieses las obras de Quevedo!...

MATILDE. De Quevedo, el célebre poeta antiguo?

AMALIA. No: de Cárlos Quevedo, mi marido. Mira: en este momento escribe sobre la libertad del amor, y la emancipacion de las mujeres.... Figúrate cómo lo pasará.

MATILDE. Ah! es preciso curarle.

AMALIA. Cómo?

MATILDE. Con la homeopatía moral... Ya verás!

CARLOS. (*Dentro.*) No es posible! (*A estas palabras, Matilde recoge sus efectos de la mesa, y Amalia se acerca al gabinete de Cárlos.*) Llevo escritas hoy cien cuartillas, y mi cabeza arde!!

AMALIA. Vas á conocerle...

MATILDE. (*A media voz.*) Despues...

AMALIA. Por qué?

MATILDE. Ya lo sabrás! En donde me hospedas?

AMALIA. (*Indicando la puerta izquierda.*) Ahí... en la pieza inmediata.

MATILDE. (*Bajo y de prisa.*) Tiene otra salida?

AMALIA. (*Vivamente.*) Que dá á la escalera.

MATILDE. Soberbio!

AMALIA. (*Vivamente.*) Aquí viene.

MATILDE. Sigueme. (*Salen de prisa por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

DON CÁRLOS: *sale del gabinete con bata elegante, y papeles.*—Despues AMALIA.

CARLOS. No es posible vivir de este modo!.. La sociedad camina á paso de gigante al precipicio, y es indispensable que las ideas nuevas reemplacen á las viejas, y que se atajen los vicios, no en sus efectos, sino en sus causas.

Qué la amistad y el amor?

Qué la virtud y el cariño?

Mentida ilusion de niño...

Como dijo muy oportunamente el gran Esproncedo

- da, y antes que él, el incomparable Byron!.. (1)
Las mujeres engañan pérfidamente; los amigos
son el sarcasmo de tan santa palabra; los hom-
bres políticos... doblemos la hoja y concluya-
mos este folleto... (*Se sienta á escribir. Momen-
to de silencio.*)
- AMALIA. (*Se adelanta de puntillas.*) (Quiera el cielo que
el plan salga bien! Qué estará haciendo?)
- CARLOS. (*Leyendo.*) »Y tú, mujer dulce y poética, tú á
quien la esclavitud social encadena, como los
grillos á un encarcelado, sé libre desde ahora,
y marcha al par del hombre... marcha, porque
yo te liberto!...»
- AMALIA. (Vuelve á sus locuras.)
- CARLOS. (*Escribiendo.*) El hombre!.. Qué es el hombre!
Un animal estúpido... que al casarse... toma una
mujer... No, no... que al casarse... no toma mu-
jer, sino para condenarla á educar sus hijos...
Es un... un... un tirano! (*Amalia viene á recos-
tarse en el respaldo del sillón de Carlos.*)
- AMALIA. (Volvedle el juicio, Dios mio!)
- CARLOS. (*Continuando.*) «Pretender que su esposa le
ame á él exclusivamente, es un egoísmo!.. Creer
que él solo basta á la felicidad de su compañe-
ra, es una imbecilidad!... El amor de la mu-
jer es una llama volcánica, que nunca podrá
estinguir el aliento glacial de un marido...»
- AMALIA. Pero es posible, Carlos?...
- CARLOS. Ah! estabas ahí... Mira, vete... vete... Creo
que el niño está llorando...
- AMALIA. No quieres que me embeba en tus ideas?
- CARLOS. No es eso; sino que necesito acabar al momen-
to este folleto para enviarlo á Constantinopla.
- AMALIA. Para qué?
- CARLOS. El Oriente, esa mansion de los harenes, ese
antiguo *boulevard* de la esclavitud de la mujer,
es un país que quiero civilizar también.
- AMALIA. Siento mucho repetirtelo, Carlos; pero yo no
puedo vivir así: esas ideas...
- CARLOS. Estas ideas son las llamadas á hacer la felici-

(1) Léase BAIRON.

dad del globo : mi mision es regenerar la humanidad, remover el universo!...

AMALIA. Con una pluma de ave!...

CARLOS. Pero cuántos contratiempos me esperan!... Ayer mismo me avisaron que iban á venir á mi casa con el objeto de degollarme!

AMALIA. Ay! es lo único que nos faltaba!

CARLOS. Nada me detendrá; predicaré la libertad del amor y la emancipacion de las mujeres, sobre las ruinas de ambos mundos!

AMALIA. Haz lo que quieras con ambos mundos!—¿Vienes á desayunarte?

CARLOS. Desayunarme yo?..

AMALIA. Nuestro hijo espera y...

CARLOS. Bien... desayúnate con tu hijo... desayúnate... (Mujer prosáica!)

AMALIA. (Me decido á aplicar el remedio.) (*Váse por el fondo.*)

ESCENA III.

CARLOS.

Qué desgracia que una mujer tan aceptable tenga un alma tan paleta!... Escelente corazon, excelente naturaleza, pero de imaginacion, de poesia, de fuego sagrado, tanto... como un profesor de matemáticas. (*Se sienta á escribir.*) Concluamos el folleto.

ESCENA IV.

CÁRLOS.—MATILDE, *en trage de jóven muy elegante.*

MATILDE. El señor don Cárlos Quevedo?

CARLOS. (Quién será el imprudente...)—Servidor de usted.

MATILDE. (*Adelantándose.*) Ah! con que es al célebre don Cárlos Quevedo, al elocuente defensor de las desgraciadas víctimas de la civilizacion, á quien tengo el insigne honor de hablar?

CARLOS. (*Levantándose.*) Al mismo.

MATILDE. Ah! usted dispense, caballero; pero no puedo refrenar esta emocion profunda... Al verme frente á frente con el hombre, cuyo estilo sublime me ha impresionado vivísimamente, experimento una cosa... así... como... respeto!... admiracion!...

CARLOS. Es usted demasiado indulgente.

MATILDE. Es un homenaje altamente merecido. (*Saca una petaca.*) Fuma usted?...

CARLOS. No, gracias!

MATILDE. Qué lástima! (*Vuelve la butaca hácia la chimenea, y se sienta.*) Siéntese usted!

CARLOS. Estoy bien.

MATILDE. El tabaco es el décimo de los vicios que poseo. (*Enciende un fósforo y con él el cigarro.*)

CARLOS. Sí... cuando se ha vivido mucho, y se ha corrido el mundo... (*A una bocanada de humo, tose Carlos.*)

MATILDE. Le incomoda á usted el humo?

CARLOS. No; no señor.

MATILDE. Pero siéntese usted! con franqueza!

CARLOS. Gracias! (*Acerca una silla, pero se queda en pié.*)

MATILDE. Caballero, está usted viendo en mí... Pero hombre, siéntese usted, que me da fatiga. (*Se sienta Carlos.*) Digo que vé usted en mí un jóven huérfano y rico, cuya única ocupacion es pasear, y tirar dinero á manos llenas.

CARLOS. (Bonita ocupacion!)

MATILDE. Manejo las armas como pocos, y miro la vida con un completo desden...

CARLOS. (Pues no tiene el diablo por donde cogerlo!)

MATILDE. Mi carácter es tan impetuoso, que me bato cinco ó seis veces por semana, por el gusto de saltar un ojo, ó romper una pierna... (*Mira á Carlos fijamente: despues se ocupa en prender dos ó tres fósforos que le quedan para encender el cigarro.*)

CARLOS. (Ah!... este es el que me han dicho que vendrá á cortarme el pescuezo!) Pero caballero... con qué objeto...

MATILDE. Vá usted á saberlo.—Voto al demonio! Se acabaron los fósforos!... Ira de Dios! (*Despues de*

buscar por todas partes, coge un papel de la mesa, lo rompe, lo enciende en la chimenea, y con él el cigarro.

CARLOS. (*Se levanta.*) Qué está usted haciendo...

MATILDE. (*Con fiereza.*) Eh?...

CARLOS. (*Ay!... qué ojos!*)

MATILDE. Ahora que somos amigos... (*Se sienta en el escritorio fumando.*)

CARLOS. Oh! sí, íntimos... Cómo se llama usted?

MATILDE. Arturo, Augusto, Federico de San Julian. (*Se sienta á caballo en la silla que tuvo Carlos.*) Como decia, ahora que nos conocemos perfectamente, voy á participar á usted el objeto de mi visita.

CARLOS. Lo espero hace tiempo.

MATILDE. (*Se levanta y tira la silla.*) Pues bien, querido; deseo ser colaborador de usted.

CARLOS. (*Diablo de pollo!*)

MATILDE. Usted hace una guerra mortal á las antiguas creencias respecto al matrimonio, y esto me conviene.—Trastornaremos, destruiremos, reedificaremos juntos... yo no tengo nada que hacer, y con eso me ocuparé en algo. Usted quiere emancipar á las mujeres?... soberbio proyecto!... que me encanta, y que le ayudaré á realizar.—Usted quiere establecer el divorcio?... perfectamente!... Me agrada tanto mas, cuanto que estoy enamorado... Oh! furiosamente enamorado de una mujer casada!

CARLOS. (*Aprieta!*)

MATILDE. (*Le coge del brazo y pasea con él.*) Figúrese usted, querido, una mujer encantadora á quien he conocido en Variedades una noche que representaban la *Adriana*... yo estaba á su lado...

CARLOS. Mi mujer se ha empeñado en llevarme, pero como á mí no me gusta el teatro...

MATILDE. (*Parándose y cogiéndole ambas manos.*) Mi hermosa Dulcinea se quejaba con una amiga suya de que tenia un marido que en toáo pensaba menos en ella, y entonces me dije: «esta pobre mujer no puede permanecer eternamente atada al destino de un hombre tan cruel.»

CARLOS. Y dijo usted muy bien.

MATILDE. No es verdad? En su consecuencia, la hice la corte.—Una mujer jóven, bella, espiritual y adorable, asociada á una especie de mandarin estravagante para conducir la pesada locomotora del matrimonio!

CARLOS. La locomotora se descarrilaria...

MATILDE. O saltaria...

CARLOS. O no andaria...

MATILDE. Es evidente.

CARLOS. Incontestable.

MATILDE. Ah! (*Le dá vigorosamente en la espalda.*) estaba muy seguro de que usted seria de mi opinion.

CARLOS. (Es alegrillo!)

MATILDE. Tambien he convencido á mi dulce tormento para que venga aqui hoy á las doce.

CARLOS. Cómo! á mi casa?

MATILDE. Sí, á su casa de usted.

CARLOS. (El mozo es franco si los hay!)

MATILDE. De este modo oirá las doctrinas de usted; y ellas triunfarán, á no dudarle, de sus menores escrúpulos.

CARLOS. Ah! con que tiene escrúpulos?

MATILDE. Es tan jóven, que vacila aun en huir conmigo... Ya comprenderá usted que no lo siente por su marido.

CARLOS. Por supuesto.

MATILDE. Puede sentirse alguna vez el separarse de un marido?

CARLOS. Jamás?

MATILDE. Dígame usted, debo simplemente robar á la mujer, ó antes matar al marido?

CARLOS. Diablo!.. Pues no vá usted muy allá...

MATILDE. (*Con aire de maton.*) Es decir que me rehusará usted sus consejos? Pertenece usted por ventura á esa secta de escritores sin conciencia y sin convicciones, cuya pluma complaciente y servil...

CARLOS. Basta, caballero, basta. (*Vivamente.*) Sepa usted que mi pluma es fiel esclava de mis pensamientos y que nunca...lo oye usted?... nunca, ha trazado una palabra, una sola, que no sea la expresion verdadera y meditada de mis mas íntimas convicciones.

MATILDE. Ah! toque usted esos cinco!... Ahora, dígame usted si debo simplemente robar á la mujer, ó antes matar al marido.

CARLOS. (Dale bola!) Primeramente... ama á usted esa mujer?

MATILDE. Oh! me adora.

CARLOS. Y el marido en cuestion ama á su mujer?

MATILDE. No señor; la olvida completamente.

CARLOS. Ah! entonces.... Esos maridos hacen cuanto pueden para ser...

MATILDE. Y lo son!..

CARLOS. Y cuando la tempestad estalla sobre sus cabezas, se lamentan y gritan contra lo frágil de la virtud de las mujeres... Imbéciles!... oh! merecen muy bien...

MATILDE. No es verdad que lo merecen?

CARLOS. Amigo mio, si ese hombre olvida realmente á su mujer, usted por su parte no la olvide.

MATILDE. Tranquílicese usted...

CARLOS. Y ademas, le aconsejo que si ese... marido se incomoda...

MATILDE. Le convide á dar una vuelta por el canal, y á que sable en mano... una... dos... zís... zás.— Le juro á usted que no volverá á Madrid.

CARLOS. No... no!.. caramba!.. usted es una pólvora!

MATILDE. Es el medio mas seguro.

CARLOS. Hay otro mas humano, y sobre todo mas inflexible. Déle usted á leer mis obras... mi *Emanicipacion de las mujeres*, especialmente, y allí verá que es una locura en el hombre exigir de su compañera un amor eterno.

MATILDE. Positivo!

CARLOS. Que es una puerilidad inaudita creer que la fidelidad sea indispensable al reposo, y á la felicidad del matrimonio.

MATILDE. Una verdadera puerilidad.

CARLOS. Que un hombre realmente superior debe sobreponerse á todas esas miserables costumbres rutinarias, y aplicar su inteligencia á comprender lo que el vulgo cree insensato é ininteligible.

MATILDE. Eso es claro como la luz del gas.

CARLOS. Mas para convencerla de repente, y familiarizarla con su nueva posicion, hágala usted leer

primero mi *Tratado moral de divorcio*.—Acepte usted, (*Yendo á la mesa.*) mi noble amigo, este ejemplar lleno de acotaciones, todas de mi puño y letra...

MATILDE. Gracias, gracias! Haré que lo lea el marido.

CARLOS. El capítulo trece, especialmente; en ese capítulo pruebo por A mas B que el matrimonio es una cadena pesada, la cual es preciso romper...

MATILDE. Divino!... equinoccial!... Si de esta vez no se convence Amalia!..

CARLOS. Cómo ha dicho usted?

MATILDE. Amalia... asi se llama mi dulce embeleso. (*Llaman fuera con campanilla.*)

CARLOS. (Ay! yo tengo escalofrios!)

MATILDE. Creo que han llamado... (Será ella!)

CARLOS. (Qué será lo que me pasa!)

MATILDE. (*Que ha ido al fondo.*) Ah! es ella, amigo mio, es ella!

CARLOS. Quién?

MATILDE. Mi adorable Amalia, mi ángel de Variedades!

CARLOS. (De Variedades!)

MATILDE. Voy á presentársela á usted... (*Falsa salida.*)

CARLOS. (*Retirándose á un ángulo en primer término.*)
(De Variedades!)

MATILDE. (*Viene y le coje la mano.*) No se olvide de que cuento con usted... (*Falsa salida.*)

CARLOS. (*Alejándose de él.*) Bien! Bien!..

MATILDE. (*Vuelve de prisa.*) Dígala usted que puede huir conmigo sin remordimientos. (*Falsa salida.*)

CARLOS. (Amalia!)

MATILDE. (*Vuelve muy de prisa.*) Sobre todo encomie usted y predique con entusiasmo la libertad del amor...

CARLOS. (*Haciendo venir á la escena á Matilde.*) A Amalia?

MATILDE. Sí; hágala usted comprender que su hijo vendrá con nosotros.

CARLOS. Su hijo? tiene un hijo?..

MATILDE. Sí, de dos años.

CARLOS. (*Abatido.*) De dos años!..

MATILDE. (Ya está confundido... démosle el último golpe!) (*Saliendo muy de prisa por el fondo.*)

ESCENA V.

CARLOS.

Un hijo de dos años !.. Amalia !.. Variedades !.. la *Adriana* !.. Y bien !... qué tenemos con todo esto ?—Amalia !... qué ?... no hay mas Amalias que la mia ?—Su hijo !... por ventura no tienen todas las mujeres hijos de dos años ?.. es la moda.—Variedades !.. no va todo Madrid á Variedades ?—*Adriana* !... hay en la corte quien no haya visto la *Adriana* ?.. Ba ! ba ! ba !.. soy un tonto con mis exclamaciones melodramáticas...

ESCENA VI.

AMALIA.—MATILDE.—CÁRLOS.

MATILDE. Permitame usted, amigo, que le presente el ángel de mis ensueños.

CARLOS. (*Absorto.*) Ah ! mi mujer !...

MATILDE. De veras ?.. já ! já ! já !.. (*Amalia sonriéndose se sienta junto á la mesa.*)

CARLOS. (*A Matilde.*) Caballero !... (*A su mujer.*) Señora, qué es lo que dice usted para justificarse ?

AMALIA. Justificarme ! de qué ?

CARLOS. De qué ?.. De una traicion tan infame !

AMALIA. Y quién piensa en hacerle á usted traicion ?—(*Se levanta.*) Al contrario ; vengo con toda sinceridad y franqueza á confesarle á usted que no le amo, y que adoro á Arturo. No es esto muy natural ?

CARLOS. (*Furioso.*) (Pero señor, en qué pais vivimos !)

MATILDE. Muy natural... y venimos á despedirnos de usted amistosamente antes de partir para Francia.

CARLOS. Partir ! juntos ?

AMALIA. Sí.

MATILDE. En la silla de esta tarde.

CARLOS. ¿Pero no sabe usted, señora, que la ley...

MATILDE. La ley, caro mio, es buena para el vulgo...
mas para nosotros los socialistas...

CARLOS. Señor mio, todo español debe obediencia á la ley...

MATILDE. (*Enfadada.*) Hola!

CARLOS. Me dice usted ese *hola* con un tono...

MATILDE. Con el tono que conviene.— Así son todos...
Cuando se quiere poner en práctica su sistema... ellos son los primeros á reconocer sus daños; no solamente prueban que no es preciso hacer lo que ellos hacen, sino que no debe hacerse lo que escriben, porque entre lo que hacen, lo que piensan y lo que escriben, hay mucha diferencia.

CARLOS. Es una leccion, caballero?

MATILDE. Por qué no?

CARLOS. Sepa usted que yo no recibo lecciones de nadie.

MATILDE. Tanto peor para usted, porque empiezo á convencerme de que tiene mucha necesidad de ellas.

CARLOS. Esa es una impertinencia!

MATILDE. Esta es una verdad.

AMALIA. Pero yo no comprendo por qué se alarma usted con las espresiones de Arturo. No piensa usted lo mismo que escribe?

CARLOS. Si señora.

AMALIA. Entonces?...

MATILDE. Entonces?

CARLOS. (*Que no comprende.*) Entonces?...

MATILDE. Entonces... me llevo á su mujer.

CARLOS. Se atreveria usted?...

AMALIA. Por qué no?

CARLOS. (*Con vehemencia.*) Cómo!...

AMALIA. Puesto que no le amo á usted ya...

CARLOS. Pero...

MATILDE. (*Vivamente.*) Puesto que usted la olvida...

CARLOS. Caballero!...

MATILDE. Puesto que ella me ama...

AMALIA. Sí; puesto que yo le amo...

CARLOS. Conque tú... digo, conque usted le ama?

AMALIA. Con toda mi alma.

CARLOS. Horror! horror!

- MATILDE. Y le sorprende á usted que me ame?... Ya se acostumbrará usted... con el tiempo, como tantos otros...
- CARLOS. Caballero!...
- MATILDE. Querida Amalia, dejémosle en sus reflexiones, ya que no comprende todo lo que hay de natural y sublime en nuestra fuga.
- AMALIA. No, Arturo: yo no quisiera dejarle para siempre sin obtener su consentimiento.
- CARLOS. Mi consentimiento!
- MATILDE. Preocupacion!
- AMALIA. Sí; preocupacion... es verdad.—En fin, quiero que me autorice usted...
- CARLOS. Que yo autorice á usted... á abandonarme... á abandonar á su hijo?...
- AMALIA. Oh! no: mi hijo vendrá conmigo.
- CARLOS. Cielos!
- MATILDE. Seré su segundo padre.
- AMALIA. Sí, lo será!
- CARLOS. Robarme á mi hijo; robarme á mi Carlitos, que es mi tesoro, mi felicidad, la esperanza de mi vida!... (*Paseándose.*) Ah!... ah!... usted está loca, señora; usted está loca!
- AMALIA. Ahora me injuria usted?
- MATILDE. Créeme, Amalia; ese hombre es un retoño del antiguo régimen.—Partamos.
- CARLOS. Señora, le prohibo á usted que salga.
- AMALIA. Esa es una tiranía!
- MATILDE. Un vandalismo!
- CARLOS. Será lo que usted quiera; pero le prohibo salir!
- MATILDE. Me dará usted una satisfaccion!
- CARLOS. Cuando usted quiera.
- MATILDE. Dentro de una hora!
- CARLOS. Sea!
- MATILDE. En el Canal junto al tercer molino.
- CARLOS. No faltaré!
- MATILDE. Armas?
- CARLOS. Las que usted quiera.
- MATILDE. Ha de ser un combate á muerte!
- CARLOS. A muerte!!
- MATILDE. Querida Amalia, haz tus preparativos mientras que yo en un dos por tres despacho á ese hombre. Asi que estés viuda, volveré por tí, coge-

remos al chico, y á las seis sin falta nos meteremos en la silla correo... Adios, querubin.—(A él.) A muerte!

CARLOS. Al diablo!

MATILDE. (Volviendo.) A muerte!!!

ESCENA VII.

AMALIA.—CARLOS.—EL CRIADO.

CARLOS. Fátuo!... insolente!—(Llamando al criado que sale.) Francisco!... Francisco!... tráeme al momento una levita, mis pistolas, y el sombrero.—(A ella.) Qué dice usted? Eh?... (Al criado que vuelve con lo dicho.) Trae... Vete!

ESCENA VIII.

AMALIA.—CARLOS.

CARLOS. Usted, señora, me cree tan tonto que se imagina que me dejaré enredar en esta miserable comedia?

AMALIA. Comedia?

CARLOS. No sabiendo cómo disimular tan culpables amores, ha querido usted prevenirme... taparme la boca oponiéndome mis escritos...

AMALIA. Y aun cuando así fuese...

CARLOS. (Remedándola.) Y aun cuando así fuese?... Confieso, señora, que esto haria mucho honor á la imaginacion de usted.

AMALIA. En verdad, caballero, que cualquiera creeria que estaba usted celoso!...

CARLOS. Celoso yo! ahora me insulta usted?

AMALIA. Ah! es insultar á usted, decirle... usted perdone, señor don Carlos... Pues si no tiene usted celos, por qué se incomoda así?...

CARLOS. (Dice todo esto con ira creciente y tratando de aparentar mucha calma.) Por qué?... yo celoso!... Yo, que tanto he escrito contra esa pasion egoista y absurda?... no señora... no estoy celo-

so!... No he podido librarme de un impulso involuntario, maquinal, instintivo, como el que hace el cuerpo cuando dá un mal paso; pero he recobrado toda mi fuerza moral, toda mi calma, en fin... mi estoicismo!

AMALIA. Lo celebro; y en su consecuencia... beso á usted la mano.

CARLOS. A dónde vá usted?

AMALIA. Los preparativos de mi marcha...

CARLOS. Su marcha?.. Oh! le juro á usted que no partirá. (*Cierra y guarda la llave en su chaleco.*)

AMALIA. La mujer es libre, caballero... Usted lo ha proclamado, lo ha impreso y lo ha firmado.

CARLOS. Señora, esas teorías...

AMALIA. Esas teorías son soberbias... únicamente falta para que el mundo no dude de su conciencia literaria, que me deje ponerlas en práctica... Créame usted. (*En toda esta escena Carlos corre maquinalmente, no hace mas que ponerse y quitarse la levita, el sombrero y el chaleco; todo de un modo cómico.*)

CARLOS. Señora, yo no soy el juguete de sus sarcasmos. Se engaña usted lastimosamente si cree que voy á permitirle que haga lo que quiera; si cree que un marido no es mas que el frio espectador de la conducta de su mujer.

AMALIA. (*Cojiendo uno de los manuscritos de la mesa de Carlos y leyendo con sarcasmo.*) Qué es el hombre?

CARLOS. El gefe de la familia; es el amo!...

AMALIA. (*Idem.*) «Es un animal estúpido! que al casarse no toma mujer sino para condenarla á educar sus hijos.»

CARLOS. Señora...

AMALIA. (*Leyendo.*) «Es un tirano!..»

CARLOS. Señora, yo me he casado con usted para que me ame á mí exclusivamente...

AMALIA. «Pretender que su esposa le ame á él exclusivamente, es un egoismo!

CARLOS. Y no para amar á otros.

AMALIA. «Creer que él solo basta á la felicidad de su compañera...»

CARLOS. Dejar así mis manuscritos!... qué imbecilidad!

- AMALIA. Si, eso... es una imbecilidad.—Tiranía, egoísmo, imbecilidad... los tres epítetos están escritos. Véalo usted...
- CARLOS. (*Turbado.*) Ah! es usted muy feliz, no es verdad? teniendo un ligero pretesto que oponer á mi justa cólera?
- AMALIA. Cómo!... me afeaba usted que permanezca estacionada en mis preocupaciones de la infancia, y se incomoda cuando me apresuro á aprovechar la ocasion de... despreocuparme!
- CARLOS. (*Con el sombrero puesto, y la levita en la mano, cruzando los brazos.*) Pero, señora...
- AMALIA. Pero, caballero... Ante todo advertiré á usted que permanecer delante de una señora en mangas de camisa, y con el sombrero puesto, es aparecer de un modo tan inconveniente como ridículo...
- CARLOS. Es que... señora... hace una hora que busco mi levita... y...
- AMALIA. Y la tiene usted en la mano!
- CARLOS. Ah! no la habia visto.
- AMALIA. (*Riéndose.*) Qué distraccion!
- CARLOS. Me escuchará usted al fin?
- AMALIA. No se detenga usted, porque Arturo me espera.
- CARLOS. Que Arturo la espera!.. Amalia! Amalia!.. ha reflexionado usted bien lo que va á hacer?... Usted exajera demasiado las consecuencias de mi... de mi doctrina... No es tan perniciosa como...
- AMALIA. Perniciosa?.. qué disparate! Es la doctrina de la verdadera libertad!
- CARLOS. De la?..
- AMALIA. De la verdadera libertad.
- CARLOS. Linda palabra! (*Se acaba de poner la levita.*) Por último, mi sistema...
- AMALIA. Emancipa á la mujer, no es verdad?
- CARLOS. Sin duda; pero con todo, pertenece á su marido... es su propiedad. (*Rodeándola con sus brazos.*)
- AMALIA. La propiedad es un robo en el sistema de usted; y ademas en el matrimonio el amor es quien gobierna, y el amor le expropia á usted por razon de utilidad pública.

CARLOS. Amalia... (Como la diré...) Mira, Amalia mia... algunas veces se escribe de una manera, y... y... se...

AMALIA. Y se piensa de otra!

CARLOS. No... no... siempre se piensa como se escribe... Pero... frecuentemente... ya ves tú... porque... por ejemplo... se le ocurre á uno una idea original, y dice «he aquí una idea original, una frase de efecto.» Y no obstante en la aplicacion... Por supuesto que si se creyese que la moralidad... Oh! nunca! nunca! porque las costumbres... las costumbres ante todo... Pero la chispa... la reputacion, la imaginacion sobre todo hacen que... Y por esto sucede que las mas de las veces, cuando se escribe una cosa... Me comprendes?

AMALIA. (*Friamente.*) Ni una palabra.

CARLOS. Digo... digo que el deseo de inventar... de crearse un nombre... de distinguirse, hace que la pluma marche muchas veces...

AMALIA. Sin el corazon?

CARLOS. Esto es!

AMALIA. Sí; pero usted... usted es un génio verdaderamente superior, y en nada se parece al vulgo de los escritores.—Hablando francamente, nosotros no habiamos nacido el uno para el otro. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio era yo una criatura estremadamente... prosáica. Para mi consistia la felicidad en vivir ignorada entre mi familia, al lado de un marido que no me desagradaba, y de un hijo que era mi ídolo... Qué estupidez! Me habian educado asi, y la culpa de consiguiente no era mia. Mas ahora que he estudiado con detenimiento las obras de usted; ahora que me he alimentado en esos principios, tengo, gracias á usted, una educacion nueva... porque ha desarrollado usted mi inteligencia... Conozco que el corazon debe siempre ser independiente, que el matrimonio es una cadena que es necesario romper desde el momento en que se hace pesada; que el amor es una llama volcánica que nunca podrá extinguir el aliento glacial de un marido.

Ya es tiempo de que la mujer sea libre; que ceda á sus inclinaciones, á sus gustos, á sus pasiones... en una palabra, que sea emancipada... Y yo me emancipo.—Ya lo vé usted, señor don Cárlos Quevedo, comprendo á usted, lo admiro, lo apoyo, y... lo abandono para siempre.—Beso á usted la mano.

CARLOS. Con que se vá usted?

AMALIA. A menos que usted no tenga alguna cosa que decirme...

CARLOS. No señora, no tengo nada...

AMALIA. Deme usted la llave.

CARLOS. El qué? (*La busca en los bolsillos figurando que no la encuentra; pero ella le señala el bolsillo del chaleco. La saca y se la dá.*)

AMALIA. La llave... aquí.—Adios, caballero.

CARLOS. Ah!!!

AMALIA. Qué dice usted?

CARLOS. Nada!

AMALIA. Nada?... pues adios!

CARLOS. (*Al oír la cerradura.*) Deténgase usted! Amalia!... Amalia!... ah! riase usted de mí; desprécieme usted; no puedo disimular mas tiempo!.. Es preciso que hable á usted con el corazon en la mano. Inútilmente trato de convencerme de mis escritos; inútilmente trato, como un hombre que se ahoga, de asirme á todos los restos flotantes de mi pobre sistema... Constantemente oigo una voz que me grita: estúpido! estúpido!! estúpido!!!—Pues bien, tendré el valor necesario para reconocer mi ridículo. Cuando hace poco decia que nada habia escrito sin convicción, te mentia á tí, me mentia á mí mismo... era un loco! un insensato! Pero ahora te digo con todo mi juicio, Amalia, con toda mi sinceridad, con todo mi amor... te juro por mi honor que reniego, que repudio para siempre mis locos sueños... Existe una felicidad que prefiero á las demas, y esta felicidad es el cariño de mi hijo; una dicha positiva, que quiero cien veces mas que la celebridad, la reputacion y la gloria, y esta dicha es todo tu amor... Y si es preciso darté pruebas evidentes de la fran-

queza de mis palabras... *Emancipacion de la mujer: Tratado moral del divorcio: Libertad del amor*: quémalo todo; rómpelo todo; destrúyelo todo... consiento en ello, lo quiero... Pero por piedad, Amalia, por piedad... Oh! no partas, no me dejes... porque tengo celos y te amo! (*De rodillas.*)

AMALIA. A mis piés?... Con que el soberbio se humilla? Ay! no nos ha costado poco trabajo!

CARLOS. Qué es lo que dices? (*Levantándose de repente.*)

AMALIA. Que no mereces los disgustos que nos cuestas para volverte el juicio.

CARLOS. Es decir... que no quieres á ese jóven?

AMALIA. Sí, lo quiero... con todo mi corazon.

CARLOS. Cómo!

AMALIA. Y tú tambien le querrás.

CARLOS. Yo?...

AMALIA. Y le darás las gracias.

CARLOS. Yo!!

AMALIA. Y le abrazarás ademas.

CARLOS. Yo... yo le mataré, señora... le mataré.

AMALIA. No lo creas.

ESCENA IX.

Dichos.—MATILDE, aparece en su traje de mujer, á la puerta izquierda, y escucha.

CARLOS. Con que esa resistencia á mi voluntad...

AMALIA. Era una prueba.

CARLOS. Y la fuga en la silla correo?

AMALIA. Otra prueba.

CARLOS. Y el desafio?

MATILDE. (*Bajando á la escena.*) Prueba tambien!

CARLOS. Qué veo! el pollo es...

MATILDE. Una gallina.

AMALIA. Mi buena amiga Matilde Diaz...

CARLOS. Esa actriz tan renombrada...

AMALIA. Sí; esa actriz que ha venido de Andalucia, para darte una lección.

CARLOS. Conque es usted una mujer?... Está usted bien segura de ello?

AMALIA. Muy segura.

CARLOS. Ah! no en vano dicen que es usted la perla de nuestras actrices.

ESCENA X.

Dichos.—EL CRIADO con pruebas de imprenta.

CRIADO. Señor, la *Emancipacion de la mujer...* en pruebas.

CARLOS. Las entrego á ustedes: repártanse mis despojos, y rompamos juntos *Las obras de Quevedo... Don Cárlos. (Los tres rompen las pruebas en pequeños pedazos.)*

FIN.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 6 de Junio de 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

Benavides.

EN UN ACTO.

Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregril.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tío?
La eleccion de un diputado.

La banda de capitán.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tío Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.

Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo!
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofetón... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turrón de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegiales y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.

¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo AVECILLA.
Legislacion militar de España, por D. Pablo AVECILLA.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.



En Madrid: en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barranco Medina.	Lugo.	D. Manuel Pujol y Mastia.
Albacete.	Nicolas Herrero y Pedron.	Lucena.	José Jimenez.
Alcalá.	Benigno García Anchuelo	Málaga.	Francisco de Moya.
Alcoy.	José Martí y Roig.	Manila.	Ramon Pomoza.
Algeciras.	Clemente Arias.	Manresa.	Manuel Sala.
Alicante.	Pedro Ibarra.	Manzanares.	Dinas Lopez.
Almería.	Mariano Alvarez.	Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Andujar.	Domingo Caracuel.	Motril.	José Joaquin Balle.
Antequera.	Joaquin Maria Casaus.	Murcia.	Antonio Molina.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.	Orense.	José Ramon Perez.
Avila.	Juan Antonio Gomez.	Oviedo.	Bernardo Longoria.
Avilés.	Ignacio Garcia.	Palencia.	Gerónimo Camazon.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.	Palma.	Pedro José García.
Baena.	Francisco Fernandez.	Pamplona.	Ignacio Garcia.
Baeza.	Manuel Alumbra.	Paris.	Boix y Compañia.
Barcelona.	Juan Oliveres.	Plasencia.	Isidro Pis.
Idem.	José Piferer y Depaus.	Pontevedra.	Juan Vereá y Varela.
Baza.	Joaquin Calderon.	Priego.	Gerónimo Caracuel.
Bejar.	Vicente Alvarez.	P. Sta. María.	José Valderrama.
Benavente.	Pedro Fidalgo Blanco.	Requena.	Antolin Penen.
Berja.	Nicolas del Moral.	Reus.	Juan Bautista Vidal.
Bilbao.	Nicolas Delmas.	Rivadeo.	Francisco F. de Torres.
Burgos.	Tímoteo Arnaiz.	Ronda.	Rafael Gutierrez.
Cáceres.	José Valiente.	Salamanca.	Telesforo Oliva.
Cádiz.	Severiano Moraleda.	S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
Calatayud.	Bernardino Azepeitia.	San Lucar.	José Maria Espez.
Carmona.	José María Moreno.	Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
Cartagena.	Vicente Benedicto.	S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Castellon.	Remigio Moles.	Santander.	Gabriel Rodriguez.
Cervera.	Joaquin Gasset.	Santiago.	Sres. Sanchez y Rua.
Chiclana.	Manuel Alvarez Sibello.	Segovia.	Eugenio Alejandro.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.	Sevilla.	Cárlas Santigosa.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.	Idem.	Juan Antonio Fé.
Córdoba.	Juan Manté.	Soria.	Francisco Perez Rioja.
Coruña.	José Lago.	Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Cuenca.	Pedro Mariana.	Tarragona.	Antonio Puigrubiy Canals.
Écija.	Ciriaco Jimenez.	Feruel.	Vicente Castillo.
Figueras.	Jaime Bosch.	Toledo.	José Hernandez.
Gerona.	Narcisa Grasses.	Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Gijon.	Vicente de Escurdia.	T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Granada.	José María Zamora.	Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.	Valencia.	Francisco Mateu y Garin.
Guardamar.	Joaquin Muñoz.	Idem.	Francisco de P. Navarro.
Habana.	Charlain y Fernandez.	Valladolid.	José M. Lezcano y Roldan.
Huelva.	Osorno é hijo.	Valls.	Cayetano Badia.
Huesca.	Bartolomé Martinez.	Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Igualada.	Joaquin Jover y Serra.	Vich.	Ramon Tolosa.
Jaen.	José Sagrista.	Vigo.	José María Cháo.
J. la Frontra.	José Bueno.	Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.	Vitoria.	Bernardino Robles.
Lérida.	Manuel de Zara y Suarez.	Ubeda.	Francisco de P. Torrente.
Lisboa.	Silva Junior.	Zafra.	Juan de Dios Hurtado.
Logroño.	Ciriaco Verdejo.	Zamora.	Manuel Conde.
Loja.	Juan Cano.	Zaragoza.	Pascual Polo.
Lorca.	Francisco Delgado.		

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.